

Se puede establecer un contraste entre los dos libros de Erika Lorenz aquí reseñados. El método seguido en el primero, consistente en un escrutinio de textos completos de Rubén Darío, es el que convence al lector. La técnica —apenas cabe hablar de método— de espigar en una muchedumbre de textos sólo aquellos fragmentos que hacen al caso, prescindiendo de lo ajeno al argumento, pronto despierta sospechas en el lector acerca del argumento mismo, por muy respaldado que esté en autoridades acreditadas de nuestra época.

ALAN SOONS

University of the West Indies.

JOAN COROMINAS, *Correspondance entre Miguel de Unamuno et Pere Corominas*. Féret, Bordeaux, 1960; 88 pp. (Sobretiro de *BHi*, t. 61, pp. 386-436, y t. 62, pp. 43-77).

Uno de los aspectos más interesantes de Unamuno es la facilidad con que se entrega a las confesiones íntimas en su epistolario. Sus cartas a Maragall, a Warner Fite, a Clarín, a Ilundáin, entre otras, nos revelan muchos y muy significativos matices de su psicología. Unamuno fue un escritor infatigable y sincero, y no hubo detalle de su vida que no confiara a sus amigos. A sus cartas a Ilundáin y Maragall, ya conocidas, hay que agregar ahora esta correspondencia con Pedro Corominas, documento tan valioso como esos dos para enjuiciar y estudiar la famosa crisis de 1897, el año en que la vida espiritual de don Miguel sigue otro curso, que no abandonará hasta su muerte. Aunque faltan las cartas de Unamuno de 1896 a 1899, no resulta difícil recomponerlas, dadas las precisas observaciones que hace Corominas en sus respuestas. Es de un valor incalculable también la reimpresión de la nota necrológica que escribió Corominas en 1936. Como señala el editor de la correspondencia (hijo de Pedro Corominas), esta nota se redactó teniendo a la vista la carta clave de 1897.

El epistolario que aquí se recoge va desde 1896 a 1934: treinta y ocho años de amistad, de intercambio de ideas y preocupaciones. Al principio la correspondencia es asidua; después, poco a poco se van espaciando las cartas, aunque nunca hay un silencio total. De los dos amigos, posiblemente sea Corominas el más abierto: sentimos en él una auténtica preocupación por el hombre y por los problemas sociales, y una profunda admiración hacia el gran vasco, que poco a poco sentimos disminuir, o manifestarse en tono de menor idealización. Los juicios de Corominas sobre las obras unamunianas son muy acertados y justos, y muchos de ellos podrían ser suscritos por una unamunista de hoy, por ejemplo el análisis de *Paz en la guerra* (carta del 18 de febrero de 1897). Es él, además, el primero en definir con precisión la paradoja unamuniana: “. . . la paradoja no es sólo una figura retórica, sino algo más, pues, dado que los contrarios se explican mutuamente, puede ser un método para poner en claro muchas verdades”.

Pero hay, además, los juicios sobre el propio Unamuno: así la carta del 6 de abril de 1899, donde Corominas nos sorprende interpretando

ya los paisajes unamunianos como "paisajes del alma" (expresión que después hará célebre Azorín). El choque entre los dos Unamunos, el "íntimo" y el "éxtimo", está visto con pasmosa precisión: "Como resumen de impresiones de estos días, le diré que ahora me hice un enredo con los dos Unamunos, que no se han fundido en mi alma todavía". A partir de esta carta, la actitud de Corominas parece cambiar; pero nunca se sentirá alejado de su amigo vasco. De ahí el inmenso valor de la necrología de 1936. Hombres de estructura mental distinta, aunque agobiados, en gran medida, por idénticos problemas, llegaron a penetrar muy hondo el uno en el otro. Sobre todo quizá Corominas, que parece haberse propuesto la tarea de conocer la intimidad de don Miguel. No es que no haya diferencias entre ellos, pero estas diferencias no son nunca tales como pretende verlas Armando Zubizarreta ("Una interpretación de la crisis de 1897", *CMdU*, 9, 1959, 5-34), el cual llega a achacar a Corominas una gran insensibilidad religiosa. El editor de esta correspondencia rebate semejante posición con pruebas y argumentos muy convincentes.

El camino hacia el estudio del gran problema unamuniano —creencia o incredulidad— queda ahora más abierto que antes. Las interpretaciones podrán ser muy diversas, y aun contradictorias, pero, desde luego, el epistolario que comentamos aquí será imprescindible para ese estudio.

IRIS M. ZAVALA

MIGUEL ENGUÍDANOS, *La poesía de Luis Palés Matos*. Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1961; 89 pp.

No le reprocho a Enguídanos que quiera prescindir del pormenor erudito y abandonar las gafas del crítico tradicional para acercarse a la obra de Palés Matos. Pero sí me parece excesiva e innecesaria la continua defensa que hace de su modo de enjuiciar el quehacer poético. Bastarían dos simples cosas: una exposición de su punto de vista, y que su crítica fuese realmente eficaz. Del mismo modo, y quizá con mayor razón, creo que no se justifica el estar continuamente a la defensiva por su afición a Palés. El valor del poeta y de su obra debiera quedar claro sólo a través del análisis. (Posiblemente la censura de Enguídanos a la crítica literaria al uso se deba a una visión parcial de ella. Muy lejos está de caracterizar la estilística actual el siguiente comentario de la p. 6: "Lo que llamamos el estilo es en la mayoría de los autores puramente «vehicular». Por eso, muchas veces, la preocupación por el estilo obnubilará la visión del crítico, que absorto en la contemplación de un continente apenas accesorio, dejará escapar la oportunidad de adentrarse por los recónditos y vitales escondrijos donde se gesta la obra").

El libro consta de cuatro ensayos mediante los cuales el autor se propone "entender vitalmente una maraña poética" (p. xx): "Poesía como vida", "Encuentro con Poe en la tierra de los sueños", "Lo que el poeta le añadió a su pueblo" y "Poeta de vida-muerte". El primero y el último son, sin lugar a dudas, los mejores. En ellos logra Enguídanos penetrar en ciertos aspectos significativos del hombre-poeta y de su poesía